

para la existencia de nuestro cuerpo, también tiene necesidad nuestro espíritu del alimento moral. Tal lo comprenden todos los hombres que abrazan con fé la religion del Redentor.

Entre todos los hombres hay algunos pocos que quieren sentar plaza de despreocupados ó antireligiosos no queriendo sugetarse á los ritos sagrados por no creer en ellos, mientras que dan crédito á supercherías y necedades. El hombre cualquiera que sea su situación en la tierra; cualquiera que sea el país que habite y por variadas que sean las condiciones de su organismo, el sentimiento de religiosidad, brota en el espontáneamente como expresión de una necesidad social.

Entre los hombres hay unos pocos que no quieren ser católicos por protextar que nuestra santa Religión está reñida con la libertad; para convencerles de su error les diremos, que solo el Evangelio ha hecho compatible la religion con la libertad; cuando Jesucristo anunció que su reino no era de este mundo, despojó á los cetros de todo poder, que se dice de origen sobre humano, y estableció la más cabal distinción entre las prescripciones del dogma y las instituciones políticas. En todo Estado católico la potestad religiosa está perfectamente deslindada del poder civil.

El pueblo que así es árbitro de sus creencias y de sus destinos políticos, ni las armas le imponen el dogma ni el gobierno le es impuesto por el sacerdote.

A los pocos indiferentes les diremos que, los hombres no elijen sus religiones, sino que abrazan la de sus padres y de su país; sin embargo son intolerantes los mas con las otras religiones que defendieran, si en ellas hubiesen nacido. En cuanto á nosotros si de-